

REVISTA DE LA FACULTAD DE MEDICINA

Volumen 26

SEPTIEMBRE — 1958

Nº 9



Profesor Dr. Roberto Franco

Palabras Pronunciadas por el Sr. Decano de la Facultad de Medicina, Profesor Eduardo Cortés Mendoza, ante el cadáver del Profesor Roberto Franco

Es ciertamente una empresa temeraria —y más para quien en estos momentos lleva la vocería de la Universidad Nacional y de su Facultad de Medicina— hacer una síntesis completa de lo que representó la vida y la obra del Profesor Roberto Franco. No porque desconozcamos los principales hechos de su obra, ni porque seamos incapaces de juzgarla en su importancia actual, ni

en su trascendencia futura, ni porque como discípulos agradecidos nos inhibía la emoción al hablar del maestro, sino porque es imposible alcanzar en conjunto todas las excelencias de su diáfana personalidad.

Sus valiosos aportes a nuestra Medicina y, particularmente al aporte de la Medicina Tropical, son ya obra conocida de todos juzgada y valorada por autoridades ajenas a nuestro país, y permanecerá siempre con el mayor orgullo del patrimonio de la Medicina Nacional.

Pero su vida vale más que su obra, con ser ésta invaluable. El Profesor Franco no limitó sus mejores años a la investigación y a la búsqueda insaciable de la verdad, en el vasto campo de la parasitología y de las enfermedades del trópico, sino que se consagró por entero a la enseñanza de la medicina, a la formación de innumerables juventudes médicas a quienes transmitió, junto con su más pura doctrina, extraída de las mejores fuentes de la medicina europea y americana, todo lo que puede dar en sí un carácter íntegro. El enseñó su ciencia y la ciencia de los demás con desinterés, con pasión indeclinable, pero todavía enseñó más con el ejemplo de su vida. Y si los frutos de su trabajo han pasado a la historia como contribución altísima de la investigación médica americana, para quienes tuvimos la honra de recibir sus lecciones, no podrán borrarse jamás su recuerdo, ni su ejemplo, como perdurará su memoria en los fastos de la Facultad de Medicina, a la que sirvió durante más de 30 años, aprestigiándola con su sabiduría y enalteciéndola con su dignidad.

Si se quiere hacer un bosquejo biográfico del Profesor Roberto Franco, sería preciso considerar muchos aspectos de su obra y de su fascinante personalidad. Y, ante todo, habría que estudiar al Investigador, al Profesor y al Maestro.

Como Investigador, porque fue el primero entre nosotros, el más constante y paciente de todos y también el más afortunado.

Como Profesor, porque fundó una cátedra, la regentó durante 34 años, le entregó su saber y le infundió su espíritu.

Como Maestro, Franco fue el paradigma del médico íntegro en que todo confluye: Conocimiento, Discreción, Honradez, Lealtad, Pureza de intención y nobleza de corazón.

En él se integran maravillosamente el médico, el hombre y el carácter, tres atributos que solo se conjugan en aquellos espíritus de selección, para quienes la vida no es más que una constante invitación de servicio.

Roberto Franco perteneció a esa generación de médicos que dió la Facultad hacia la última década del siglo pasado; todos sus condiscípulos hicieron feliz carrera, se consagraron al estudio y al ejercicio devoto de su profesión y en élla cosecharon abundantes éxitos, algunos llegaron al profesorado y tuvieron vasta cauda de discípulos; el doctor Franco fue todo esto y en forma brillante, pero tal vez fue en el único de ellos en quien prendió la llama de la investigación. Siendo muy joven, en 1897, apenas salido de la Facultad, pasó a Francia por el solo fin de aprender más, con la inquietud de conocer por sí mismo las nuevas rutas que por entonces se abrían a la exploración biológica.

El Instituto Pasteur, de París, ardía bajo la fiebre creadora de su fundador quien había fallecido dos años antes, y en donde se hallaban las figuras gloriosas de Metchinikeff, Roux, Jersin y Calmette. La bacteriología era un inmenso campo de investigación que prácticamente empezaba a explorarse, en donde la Medicina había puesto todo su empeño y cifraba todas sus esperanzas. Al lado de sus maestros, Franco se entregó a ella apasionadamente; su afán era el estudio, su obsesión, aprender; su anhelo, escudriñar. París... era para él el Instituto.

Ardía a su vez en amor patrio y por esto se dedicó al estudio de las enfermedades características de los países cálidos. Enviado por el Gobierno Francés al Norte del África, tuvo oportunidad de experimentar por sí mismo y, fruto de esta experimentación, en su tesis sobre "Tifo Exantemático en la ciudad de Túnez", en 1905.

Al regresar a Colombia, en donde todo era inexplorado, miles de proyectos acariciaba en su mente, para mejor servir a su Patria, lo que logró a lo largo de su meritísima vida.

En 1905 fue llamado por el Rector Luis Felipe Calderón para que regentara la Cátedra de Medicina Tropical y Clínica de Laboratorio.

En Septiembre de 1905, hizo el Profesor Franco el diagnóstico por Uncinariasis, lo cual comprobó en Noviembre de ese mismo año. Las conclusiones de su monografía clásica sobre esta enfermedad, aprobadas en 1909 por la Academia de Medicina, son, como lo dice el Profesor Patiño Camargo, "un Código al cual se han ajustado posteriormente las vastas y excelentes labores de profilaxis cumplidas por el Estado con el apoyo de la benemérita Fundación Rockefeller, que lograron cambiar este panorama de sombras en grandes extensiones del territorio patrio".

En 1906 identificó la espiroqueta de la fiebre recurrente.

En 1907, en asocio de los doctores Gabriel Toro Villa y Jorge Martínez Santamaría, estudió la epidemia de fiebres que había aparecido en las minas de Muzo y llegaron a las siguientes conclusiones:

1^o - La epidemia que estudiamos en 1907, está compuesta por fiebre amarilla y fiebre espiroquetal asociadas.

Estas dos entidades existen en la región en el estado endémico, o producen epidemias que son mantenidas y despertadas por la frecuente llegada de individuos receptivos de las tierras frías.

2^o - La fiebre amarilla tiene desde el punto de vista etiológico algunas particularidades:

a) Es contraída en el bosque, y no en la vecindad de las habitaciones;

b) Es transmitida por el Stegomia Galopus, y probablemente también por otros culicíneos;

c) La inoculación se hace durante las horas del día, que son las que los trabajadores pasan en donde predominan los mosquitos transmisores.

Era por entonces artículo de fe que no había fiebre amarilla sin Stegomia y por eso las comisiones de expertos norteamericanos y cubanos, desecharon las conclusiones de Franco, Martínez y Toro Villa. Solo en 1932 las pruebas de suero-protección llegan

a demostrar que es acertado el diagnóstico de fiebre amarilla hecho por el Dr. Franco en 1907; y por eso podemos decir, como lo sostuvo el Dr. Soper, en 1935, que “el Dr. Franco nos dió con 25 años de anticipación una descripción magnífica de la fiebre amarilla de la selva adquirida en los bosques y transmitida por un mosquito, no doméstico, cuyos hábitos describió”.

Como Profesor dió a su cátedra extraordinaria huella; hombre diserto, de amplia cultura, profundo en todos los ramos de la Medicina, se distinguió por su corrección y educación exquisitas. Rígido, exigente, perspicaz observador, cuidadoso en el examen del enfermo y acertado en el diagnóstico. Al lado de Lombana Barreneche, Franco figura como uno de los mejores clínicos que ha tenido el país; no se limitaba únicamente a enseñar, sino que vivía en preocupación constante por hacer de sus discípulos, médicos honrados y excelentes colegas.

En franco se cumple muy bien la descripción que Rudolf Virchow hizo de Johannes Muller: “llegó a ser también, como él mismo decía de sus grandes predecesores, un constante sacerdote de la naturaleza; el culto a que se consagraba le unió también a sus discípulos, como por un vínculo religioso, y el serio y sacerdotal estilo de su lenguaje y movimientos completaban el respeto con que todo el mundo alzaba a él sus ojos. Con rasgo de severidad en su boca y en sus apretados labios y una expresión de austero pensar en su frente y ojos, reflejando en cada surco de su rostro el recuerdo de un trabajo cumplido. Así se hallaba este hombre ante el altar de la naturaleza”.

Hay que hacer resaltar el interés que el Profesor Franco dio al Laboratorio Clínico y a la Anatomía Patológica por considerar que son las dos pilastres en que se apoya la Clínica.

Escaló las más altas posiciones en la Universidad Nacional. Como Rector de la Facultad de Medicina y como Rector de la Universidad Nacional, demostró su constante voluntad de servicio, pues sabía que la misión de educar y formar juventudes es la más noble tarea en servicio de la Patria.

Ocupó una posición social distinguidísima, miembro altamente respetado de la sociedad Bogotana, adornado de virtudes cívicas ejemplares; patriota eminente y un gran servidor de Colombia.

Quien os habla, en nombre de la Universidad Nacional y de la Facultad de Medicina, adquirió vínculos sagrados con el maestro, tuvo la honra de ser su discípulo y de ser su interno en la clínica que regenta ahora, en asocio de distinguidos compañeros, la cátedra de Medicina Tropical, creada por Franco, a la que él consagró su vida y lo mejor de su espíritu. En esa cátedra se conserva pura su doctrina y se recuerda devotamente su enseñanza. Seguir su ejemplo, continuar su obra, es el mejor tributo que la Facultad debe rendir a su memoria.